

DAVID CALVO

CELOPAN

LOS DIOSES TAMBIÉN AMAN

DOS ALMAS GEMELAS,
DOS MUNDOS ENFRENTADOS,
UN AMOR INCONDICIONAL



DAVID CALVO
CELOPAN

LOS DIOSES TAMBIÉN AMAN

mr̄

UN DÍA PARA RECORDAR

Era un sábado caluroso de mayo en Madrid. Apenas había una nube en el cielo y daba la impresión de que todo el mundo estaba contento. Hasta los informativos de la televisión no habían abierto dando trágicas noticias. Todo parecía perfecto, como si se tratase del día más feliz del mundo.

Alma se dirigió hacia el recinto ferial con su precioso poema en el bolsillo. No se separaba de él. Ese era el día. Por fin iba a conocer a las dos personas que tantas tardes la habían hecho sonreír.

Decidió soltarse el pelo. Era un día especial, para no llevar colita. Sacudió ligeramente la cabeza. Los rayos se reflejaron sobre su cabello haciendo que brillase de una forma casi divina. Al acercarse al recinto sus latidos se intensificaron. Estaba viviendo un sueño. No podía creer que aquello le estuviera pasando.

No tardó en ver la aglomeración de gente. No era para menos. Estaba a las puertas de una de las ferias de videojuegos más importantes, donde se presentarían las próximas novedades y tendencias del año. Como era de esperar, había un montón de personas reunidas en diferentes grupos. Hablaban y reían sin parar de su mayor afición. También andarían por allí algunos *youtubers*, interesados en conocer a sus fans. Daniel y Cristian, los que ella seguía especialmente, se habían tomado la molestia de preparar un simpático concurso literario entre sus incondicionales. Buscaban la carta más original, aquella que les llegase al corazón. Y ese era el motivo de que Alma se encontrase allí. Había quedado finalista con una carta en forma de poema.

Alma se imaginó cómo sería su encuentro con los *youtubers*. Nunca los había visto, pero había pasado tantas y tantas horas con ellos a través de una pantalla que ya los consideraba amigos. Sin duda, compartía este sentimiento con los miles de asistentes que la rodeaban. Y hoy los iba a conocer en persona.

Estaba nerviosa y sorprendida. Jamás había visto a tanta gente junta y tan diferente al mismo tiempo. Se respiraba un ambiente de celebración y felicidad. Desde luego, en aquel día no podía ocurrir nada malo.

Fascinada por todo cuanto la rodeaba, se acercó a la boletería de las entradas. Afortunadamente, no había demasia-

da cola. Sintió ternura al ver a un niño de apenas once años que abandonaba la fila acompañado por su madre.

Cuando llegó su turno, recogió sus entradas en calidad de finalista del concurso que, de hecho, inauguraba el evento. La vendedora le indicó amablemente el lugar por el que debía acceder al recinto. Alma sonrió y se apresuró hacia allí. Se sintió especial al ver que nadie más accedía por aquel sitio. Un miembro de seguridad apartó la cinta roja y Alma fue acompañada por él a una zona privilegiada. Por un momento, se vio a sí misma como una estrella. «Voy a conocerlos», pensó. Su corazón se aceleró aún más.

La invitaron a pasar a una sala donde se encontró con los otros dos finalistas. Se trataba de Laura y Jaime. Laura era una chica morena de mediana estatura y delgada, que lucía una camiseta ceñida y unos *shorts*. Por su parte, Jaime era alto, con el pelo rubio muy corto y de aspecto un tanto descuidado. Se presentaron y empezaron a compartir emociones, aunque Alma no intervino demasiado. Estaba tan nerviosa que intentó calmarse observando los pocos detalles que destacaban en aquella habitación. Unas paredes blancas iluminadas por luces modernas, una puerta casi imperceptible y un sofá rojo. Todo ello en apenas veinte metros cuadrados.

Los tres estaban tensos, deseosos de saber quién resultaría ganador por la carta dedicada a sus ídolos. Incapaces de permanecer en pie, se sentaron en el sofá rojo.

Alma movía su pierna nerviosamente. Se preguntaba qué pasaría si su carta resultaba ganadora. ¿Tendría que leerla en público? ¿Cómo serían las cartas de los demás finalistas? Algo en su interior le decía que su texto no era tan bueno. No había sido capaz de transmitir ni la mitad de lo que sentía. No, era imposible que ganara.

De pronto, la puerta se abrió y entró una mujer con un vestido amarillo chillón. La acompañaba Daniel, el *youtuber* que había dado sentido a la vida de muchos jóvenes, incluida la de Alma. Daniel era un chico atractivo, de aspecto alocado. Llevaba puestas una gorra y una chaqueta, además de unas zapatillas azules. Alma se sintió abrumada al verlo y se puso tan pálida como las paredes que la rodeaban. Laura no pudo contener su excitación.

Daniel se acercó hasta ellos y los saludó uno a uno. Alma fue la última a quien dio dos besos en la mejilla.

—Antes que nada quiero darles las gracias por estar aquí —dijo, sonriendo—. No saben cuánto significa para mí encontrarme con gente que ha escrito unas palabras tan cariñosas. De verdad, nos han llegado al corazón.

Alma sintió la sinceridad de sus palabras. De hecho, lo notaba un tanto nervioso, como si fuese incapaz de expresarse como a él le gustaría. ¡Y eso que se dirigía a millones de personas en Internet!

Los tres chicos permanecieron callados. Sonreían tímidamente, pero no hablaban. Era como si estuviesen flotando en una nube. No podían creer que aquello fuese real. ¿Estaba Daniel ahí realmente? Lo habían seguido a diario durante años y les parecía increíble que estuviese delante de ellos.

Entonces, la mujer que acompañaba a Daniel rompió el incómodo silencio:

—Enseguida vendrá Cristian, que ha tenido que terminar unos detalles —aclaró—. Ya saben, como es la inauguración... En cuanto venga, subiremos al escenario y allí anunciaremos el ganador en un pequeño acto.

Laura y Jaime aprovecharon para decirle a Daniel lo mucho que seguían todo cuanto hacía y cómo los había cambiado por completo. Daniel asintió, aunque no les prestó demasiada atención. Tenía sus ojos clavados en Alma. Ella, sin embargo, seguía en estado de *shock* y se aferró con fuerza al poema. Cuando se percató de que la estaba observando, se puso colorada y agachó la cabeza. Daniel sonrió.

Entonces Cristian irrumpió en la sala con su peculiar saludo levantando una mano. Destacaba su rostro de aspecto aniñado, con pelo corto de color castaño y ojos marrones. Iba vestido con una camisa de cuadros azul y verde. Cuando terminó los saludos, los invitaron a abandonar la habitación. Había llegado el momento de dirigirse al escenario.

Al salir por la puerta, Laura tomó la mano de Alma. Trató de animarla, diciéndole que se tranquilizara. «Esto no es un sueño. Todo va a salir bien. Disfruta del momento», se decía Alma a sí misma, intentando seguir el consejo de Laura. Sin duda, habría disfrutado mucho más de la situación de no haber sido por lo tensa que estaba. No dejaba de resultarle curioso contemplar a los *youtubers*, tan reales. Eran tal y como ella se los imaginaba. Daniel y Cristian caminaban por delante de ellos, acompañados por aquella mujer que les explicaba algo en voz baja a medida que se acercaban al escenario. Un par de metros por detrás de ella iba Jaime, que no paraba de repetir: «¡Oh, Dios mío!».

Los tres finalistas subieron al escenario. Desde allí vieron una multitud que aguardaba ansiosa la presencia de sus ídolos. Alma calculó que en aquel pabellón podía haber más de mil personas. Entonces, sintió que empequeñecía. Se sentó en una de las tres sillas que habían colocado para ellos y respiró hondo. Empezó a dolerle el pecho. El corazón no podía ir más deprisa. Y el número de visitantes crecía sin parar.

Cuando aparecieron en el escenario Daniel y Cristian, se desató la locura. Aplausos, gritos, *flashes* de cámaras, celulares grabando... Alma intentó mantenerse ajena a todo aquello. Simplemente, sonrió.

Pasados unos instantes, la mujer del vestido amarillo intentó calmar a la gente, al tiempo que daba la bienvenida al evento.

—Gracias. Gracias a todos —dijo, pidiendo silencio con las manos—. Sé que están deseando probar los juegos más esperados. No se preocupen. Enseguida podrán hacerlo. Antes que nada, me gustaría presentarme. Mi nombre es Verónica Álvarez y soy miembro del comité organizador. Me siento halagada de poder estar hoy aquí compartiendo estas palabras con todos ustedes, unidos por una misma afición.

Los gritos y los aplausos inundaron el pabellón. Una vez se calmaron, Verónica cambió su tono para presentar a las personas que la acompañaban en el escenario.

—Como saben, hoy nos acompañan dos de los *youtubers* más conocidos de España. Hablamos de Daniel y Cristian.

El saludo de los *youtubers*, lanzando besos a la gente, desató una nueva oleada de gritos. Se podían ver carteles hechos a mano y gente que incluso había roto a llorar. La presentadora sonrió y pidió calma.

—Bien, ha llegado el momento de recompensar a quienes tienen algo que decir. Como bien saben, hace unos meses organizamos un concurso. Entre todas las cartas dirigidas a Daniel y Cristian, se seleccionarían las tres más originales

como finalistas. La participación ha sido increíble. Me consta que ha habido cartas de muy alto nivel y muy emotivas. Pero siempre hay que elegir... Los finalistas, tras mucha deliberación, han sido Laura, Alma y Jaime, aquí presentes en el escenario. Sin embargo, solamente uno de ellos podrá quedarse con el lote de productos de nuestra empresa patrocinadora y las dos entradas de cine.

El corazón de Alma amenazaba con salir de su pecho. Si ganaba, tendría que leer su carta ante toda aquella gente y las cámaras. «Habría preferido que me hicieran ganadora estando en casa...», pensó. Pero rápidamente descartó aquella idea. El simple hecho de ir a un evento como aquel era un reto que ella misma se había impuesto. «Debes afrontar esto. Tú puedes», se animó.

—Y el ganador es... —anunció de pronto la presentadora, sacándola de su ensoñación. La mayoría de las miradas se dirigieron hacia Jaime, el único chico finalista—. ¡Alma!

Alma se quedó de piedra. ¿Había ganado? ¿Era posible? Como si le hablasen desde otro mundo, oyó que la invitaban a acercarse a recoger el premio y a leer el poema ganador. Tardó unos segundos en reaccionar. Las manecillas de su reloj parecían avanzar muy despacio. Se levantó de la silla y caminó hacia el atril oyendo el ajetreo a lo lejos. La madera crujió a su paso. En ese momento la miraban más de

mil personas. Y, lo más importante, entre ellas estaban las dos que le habían cambiado la vida por completo.

Emocionada, Alma tomó los regalos de manos de la presentadora y posó para los fotógrafos.

—Y ahora, Alma nos va a leer la carta que la ha hecho digna ganadora de estos premios.

Alma tembló. Se volvió para dejar los regalos en la silla donde había estado sentada. Jaime y Laura sonrieron y la felicitaron con señas. Regresó al atril, pero ya no oía nada. Miró al público de nuevo y vio gente. Mucha gente. Entonces, intentó fijar su mirada en el papel que sostenía entre sus dedos. Seguía temblando.

Lo colocó sobre el atril y se fijó en el texto.

AMIGOS DETRÁS DE UNA PANTALLA

Hubo un tiempo en que no tenía fuerzas

Ni siquiera para mirar atrás.

Hubo un tiempo en que no tenía ganas de nada,

Ni siquiera de ser feliz.

Mis problemas no eran mayores que los de los demás,

Sin embargo, consiguieron hundirme entre lodo y miedo.

Entre mentiras, engaños y decepciones,

Terminé en lo más hondo del fango.

Y llegaste, me tomaste de la mano y me salvaste.
Sin estar aquí presente, sin tan siquiera tocarme
Fuiste mi salvación, detrás de una pantalla.

Ahora dime que no he ganado, no me importa.
Con decirte lo que eres para mí
Todo lo demás sobra.

Trató de olvidarse de toda esa gente que estaba frente a ella. Su corazón latía sin parar. Nervios. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo y se desplomó.

Un silencio sepulcral invadió el recinto. Uno de los guardias de seguridad reaccionó con rapidez y ayudó a la presentadora a recoger a Alma. Otro de los encargados de la organización los guio hasta un cuarto cercano. Daniel y Cristian abandonaron el escenario, bastante preocupados por lo que acababa de suceder.

Alma despertó en una habitación, recostada sobre un sofá. Estaba bastante desorientada. Por eso la sometieron a una batería de preguntas. Ella explicó que no era la primera vez que le pasaba algo así. En situaciones de mucha presión a veces le daban bajadas de azúcar y, sin duda, eso era lo que le había sucedido. La hidrataron bien antes de permitirle incorporarse.

Los organizadores del evento estuvieron atentos en todo momento e insistieron en llamar a alguien de su familia. Sin embargo, Alma prefirió no darle mayor importancia al asunto.

Cuando ya se encontraba mejor, Alma coincidió con Cristian y Daniel. Los dos fueron muy amables y se interesaron por su estado. Ella les respondió que estaba bien y les agradeció su atención. Finalmente, ambos se despidieron de ella y desearon volver a verse en otras circunstancias.

Alma se encaminó a la estación de metro más cercana, cuando notó cómo un chico la observaba y la seguía desde la distancia. El chico intentó llamar su atención con gritos, levantando una bolsa que tenía en la mano. Ella no le hizo el menor caso y apretó el paso.

Al ver que el chico se acercaba, Alma se preocupó. Entonces sintió cómo la agarraba de la mano.

—¿Qué haces? ¡No me toques! ¿Quieres que llame a la Policía? —amenazó Alma.

—Tranquila, solo quería saber si estabas bien —contestó el chico—. Te vi caer en el escenario y me preocupé.

Fue un instante mágico. Un chispazo. Alma se fijó en sus ojos del color de la miel y quedó fascinada por su belleza. Era un chico algo mayor que ella. Tenía un tono de piel mo-

reno y unas facciones muy bien definidas. Su pelo era castaño y lo llevaba perfectamente peinado, con un pequeño jopo. Iba vestido con una camisa blanca, algo ceñida, bajo una chaqueta negra. En su mano derecha lucía un curioso anillo. Todo en él parecía perfecto.

Alma sintió que se iba a desmayar de nuevo.

—Me sentí diminuto cuando te vi caer al suelo —dijo, tratando de atraer su atención—. No podía seguir mirando al escenario y hacer como si nada. He permanecido en todo momento cerca de ti.

Alma quedó impresionada.

—¿Haces eso todos los días? —preguntó con un tono burlón.

Él le dio la espalda y miró al horizonte.

—No, desde luego que no —replicó él—. No todos los días encuentro ángeles que escriban tan bien.

Alma no pudo evitar sonrojarse.

—¿Cómo has leído mi carta? ¡No me he separado de ella! —le reprochó, algo enfadada—. ¿No te han dicho nunca que no toques las cosas de los demás?

—La verdad es que no —contestó él—. Sin embargo, sí me enseñaron a ayudar a damas en peligro. Estabas incons-

ciente y se te cayó el papel... ¿Qué culpa tengo yo de eso? —dijo, girándose para verla de nuevo.

Empezaba a ponerse nerviosa. No sabía qué decir. Miró la chaqueta negra del chico y fue cuando se percató de que llevaba la bolsa con su premio.

—Es todo un detalle por tu parte haberlo recuperado —señaló Alma.

—Gracias.

—¿Vas a devolvérmelo? —extendió su mano—. ¿O tienes pensado quedártelo?

—¿Quieres un premio? —le dijo, haciéndole puchero mientras reía—. Yo te lo doy.

Alma no pudo contenerse y le dio un bofetón. Miró su mano, como castigándola por haberlo hecho, y él paró de reírse al instante. Alma tomó la bolsa y se marchó.

—Aunque haya sido de esta manera, ha sido un placer conocerte, chica loca... —murmuró él, acariciándose la mejilla.

A pesar de su calentón inicial, Alma pensó por qué aquel chico había permanecido atento a ella. Después de todo, solo había querido ayudar. ¿Qué había de malo en querer un beso como recompensa? Cualquier chico lo habría deseado, ¿no? Alma se echó en cara haberse comportado de

una manera tan infantil al ruborizarse y, sobre todo, dándole aquel bofetón. Además, estaba para derretirse...

«Estas cosas solo me pasan a mí...», pensó Alma. «¿Por qué siempre termino fijándome en los bombones que luego me rompen el corazón? Es igual. Mejor no darle más vueltas al tema. No creo que nos volvamos a encontrar nunca. Será una anécdota más que contar...».

Una vez en el metro, abrió la bolsa para ver sus premios. Dos entradas de cine, un teclado y un *mouse* de última generación... Entonces se fijó en un detalle. En el envoltorio de plástico del *mouse*, Alma vio algo escrito. Un número de teléfono. ¿Sería posible? ¡Aquel chico le había dejado escrito su número de teléfono junto con una sonrisa!

Tal y como había pensado, nada podía salir mal aquel día. Y ella, inevitablemente, también sonrió.

*Ni a robarle una pizca de belleza a Venus te atrevas,
pues todo lo que eres
es todo lo que me gusta.*

Cupido